

ha renovado nuestro sér, ilustrándolo con la verdad divina y alentándolo visiblemente en el seno de la Iglesia con el culto, que es la expresion de sus misterios, de sus dogmas, de sus promesas y de sus preceptos: y con los santos sacramentos que están tan en armonía con nuestra doble naturaleza, espiritual y corporal. Sí, mirad en la historia al hombre, bajo este doble aspecto, y hallaréis el constante esfuerzo del género humano para contar con el pasado, descubrir en él las leyes de la Providencia, las lecciones para el presente y las esperanzas para el porvenir: ¿qué digo? Hasta el mejor camino que conduce á la felicidad eterna y que se logra indefectiblemente por medio de la fe y de la caridad. El simbolo de los Apóstoles es la fórmula de nuestra creencia y reposa sobre la Iglesia católica. Repetidla frecuentemente para adorar á Dios. La oracion dominical es el dulce acento de nuestro amor y tiene su origen en el Corazon de Jesus. Rezadla todos los dias, seguros de alcanzar mercedes para vosotros y para vuestros hermanos, agregando siempre la salutación angélica que expresa con ternura toda nuestra esperanza y reconoce por áncora firmísima á la Virgen pura y misericordiosa, Madre de Dios y Madre de los hombres.

¡Oh Maria! alabanza y honor á tí, á tí que, con tu aparición maravillosa, tus divinas palabras y tu imágen santa, hiciste que *el templo de Dios se abriese* para nosotros *en el cielo*, es decir, que brillase en México la luz de la Iglesia. Alabanza y honor á tí, que *apareciste* entre nosotros cual *Arca de la Alianza*, en cuyo centro viviremos como hermanos y sentiremos pasar por debajo sin que puedan hundirnos, las aguas y los vientos tempestuosos. Alabanza y honor á tí, ¡oh Señora! Nosotros confesamos tus favores singulares, te damos humildes gracias por ellos, y te pedimos que sigas protegiendo nuestra fe y alentando nuestra caridad.

SERMON DE ACCION DE GRACIAS

A LA PIADOSISIMA MADRE DE LOS MEXICANOS

MARÍA SANTÍSIMA DE GUADALUPE

PREDICADO EN SU SANTUARIO

POR EL

SR. PREBENDADO DR. D. J. M. CAYETANO OROZCO

El día 12 de Abril de 1853, en la funcion solemne que el Illmo. Sr. Obispo y V. Sr. Dean y Cabildo de la diócesis de Guadalajara, hicieron con exposicion del Santísimo Sacramento, por haber alcanzado la paz de la Iglesia mexicana.

Gaudete et laudate simul, deserta Jerusalem, quia consolatus est Dominus populum suum.

Alegraos y cantad á uno, desiertos de Jerusalem, porque el Señor ha dignándose consolar á su pueblo.

Is., LII, 9.

El brazo del Señor se ha levantado vestido de su fortaleza, se ha levantado como en los dias antiguos, en los tiempos en que la nacion mexicana recibió beneficios crecidos de divina proteccion. ¿Por ventura no ha sido el Señor quien secó la mar, el agua del impetuoso abismo, abriendo camino en lo profundo de él para que pasasen sus libertados?

Mas ahora los redimidos por el brazo fuerte de Dios,

vienen á Sion cantando alabanzas; alegría sempiterna sea sobre sus cabezas; poseerán ya gozo y delicias; huirá para siempre el gemido y el dolor.

El Dios de las victorias es quien ha favorecido, de manera muy singular, á la Iglesia mexicana: ¿qué puede ya volver á temer del hombre mortal, del hijo del hombre que se secará como el heno?

La Iglesia Católica en México ha sufrido ya muchísimo, siendo instrumentos de las divinas iras aquellos que la perseguían, que habían decretado perderla. Y ahora, Iglesia triunfante, ¿dónde está el furor de los que te atribulaban? El Señor tu Dios que alborota el mar, y luego se encrespan sus olas, sí, México libertada, escúchalo bien, el Señor tu Dios que es el único soberano, el único que gobierna en tus confines, en los confines remotos de la tierra, se ha dignado ostentarse su protector; el Señor de los ejércitos es su sublime nombre.

Y el Señor de los ejércitos puso palabras de paz en la boca de la Virgen del Tepeyac: con la sombra de su mano le hizo propicia sombra, para hermosear los cielos, para hacer reinar la paz y la justicia en la tierra de nuestra habitación, y para decirle á México, en el exceso de su amor: ¡México, mi pueblo eres tú!

¡Oh para siempre gloriosa Iglesia mexicana, hijos tuyos de mucho valer arrojados de sus hogares, llevados lejos de las almenas de su patria, expuestos al escarnio de todos, perseguidos por las armas y por la astucia de alevoso cazador, apuraron las heces amargas del sufrimiento!

Pero ahora, Iglesia santa, Dios ha defendido á su pueblo y ha quitado de su mano el cáliz del adormecimiento, el cáliz del letargo, el cáliz que acarrea la muerte; ya por fin, después de veintiocho meses, no gustas el fondo del cáliz de la indignación de Dios. Y no lo pongas, Señor, en manos de aquellos que tan gratuitamente persiguieron á la Iglesia y dijeron á su alma: *Prostérnate para que pasemos*; y tú, infortunada nación de Anáhuac, tu pusiste tu cuerpo como puente, y como camino á los pasajeros!

Levántate, pues, vístete de tu fortaleza, engalánate con los atavíos de tu gloria, mansion del Santo de los Santos, sacúdete del polvo, Iglesia venerable, reposa ya, suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sion, el enemigo desapiadado y cruel sin nign motivo te maltrató. *Gaudete et laudate, simul deserta Jerusalem, etc.*

La princesa de las provincias, señores, había sido hecha tributaria, lloraba hilo á hilo las noches enteras; sus adversarios eran los príncipes, eran los amos; sus adversarios en pocos instantes se habían enriquecido, echando mano de sus deseables tesoros. Los dominadores se han portado injustamente, dice el Señor, y mi nombre todo el día sin cesar fué blasfemado! Pero el pueblo está viendo ya cuantos bienes hace Dios á favor suyo, estando siempre presente y donde quiera para nosotros propicio. Gozaos y cantad á una, desiertos de Jerusalem, porque ya el Señor ha dignádose consolar á su pueblo.

Escuchadme, pues, vosotros todos que amais la justicia, vosotros los que no comprendéis sociedad posible sin el cimiento necesario de la Religión celestial, mirad á la Virgen Guadalupe que es la enseña gloriosa de la religión de nuestros padres, el estandarte santo á cuyo derredor rompieron sus arcos, sus flechas, sus armaduras y sus ídolos los antiguos mexicanos, los valientes hijos de la gran Tenoxtitlan; atended á las miradas apacibles de la Virgen india, que estableció entre nosotros su morada para proporcionarnos los beneficios de la paz, bajo lasalvaguardia de la Religión de su Hijo Divino, Nuestro Señor Jesucristo.

Paz, bajo la influencia benéfica de la religión católica, piden solícitamente las naciones amantes de la verdadera civilización y de su propia ventura; y paz providencial y gloriosa ha obtenido el suelo mexicano bajo los desvelos maternales de la Virgen de Guadalupe, guardadora fidelísima de la religión verdadera, de la religión civilizadora del orbe. Esta es mi proposición.

Señores, el gozo y la alegría provenientes de la protec-

ción maternal de la Virgen Guadalupana sean hoy el fruto tras tanto penar, despues de tanta amargura mortal y tanto duelo. Accion de gracias y voz de alabanza ríndanle agradecidos los coros de los ángeles. Mexicanos católicos, vosotros en cuyos corazones está esculpida la ley santa de Dios, sin ser borrada nunca por las constituciones humanas, por las constituciones que desconocen á Dios, y repugnan la obra de Dios amada y favorecida, no temais aprobio de hombres ni os arredreis por sus avances, porque los códigos que no reciben los influjos benignos del cielo..... la polilla los devora; mas la salud de la religion de amor y de paz, y la justicia eterna en que esta religion se funda, sobreviven siempre pasando de generacion en generacion.

Invoquemos al Criador y Redentor Supremo de las naciones en cuya mano está perpetuar la paz y la dicha de México, para que al desarrollar mi proposicion, mis palabras germinen en los corazones de todos nuestros hermanos como el suave rocío de los cielos sobre las tiernas plantas, como las lloviznas oportunas en los campos preparados: para fin tan interesante, te rogamos, ¡oh Virgen adorada! que intercedas con el Altísimo, como que eres su Hija, su Esposa y su Madre, y como que los mexicanos todos se glorian de aclamarte, en los cielos y en el mundo, la Omnipotencia suplicante.—AVE MARIA.

—
Gaudete et laudate, etc.

S. S. S.

☞ Los hechos gloriosos que forman época en los anales de los pueblos y los acontecimientos célebres por su infamia,

que tantas lágrimas arrancan de nuestros ojos al registrar las páginas de la historia, nunca podremos creer que sean el resultado de solo el concurso de las voluntades humanas.

Gran Dios, vos que sois el epílogo de todas las perfecciones santas y sublimes, exclusivamente propias de vuestra soberana esencia, ¿por qué no os habeis dignado derramar sobre la tierra algunos destellos de esos infinitos atributos, de manera que los hombres vivan en paz, como las jerarquías que sólo existen para adoraros, se amen mutuamente como las personas que constituyen vuestra esencia, y formen en los diversos gobiernos, no ya esa preciosa armonía que escuchó un génio contemplativo en la marcha de los cuerpos celestes, sino el concierto sábio é inefable, que coordina en el paraíso de vuestra felicidad todos los medios con sus fines eternos, refundiéndose en el orden personificado que sois vos mismo?

¿En qué consiste, ¡oh Dios bueno! que la reina Isabel de la Gran Bretaña, la que á los sacerdotes católicos, sólo por serlo, declara reos de lesa majestad; la que hizo que los cadalsos sobrenadasen en sangre de los católicos; la que con católicos llenó las prisiones vastas y sucias de su monarquía; la protectora de las abominaciones de Lutero y de Calvino; en qué consiste que hasta los vientos peleasen contra las escuadras que le eran enemigas? ¿En qué consiste que la mujer impía, que pudiera haber muerto como la soberbia Jezabel, se engrandece cantando sus poetas: *Dux femina facti* y triunfa ella en su ciudad capital como los romanos en el apogeo de sus glorias? ¿Cómo una reina tan injusta gobierna cuarenta y cuatro años, consolidando así la dominación de las sectas protestantes, manchaado siempre el trono ya contaminado de Enrique VIII y nadando en un océano inmenso de delicias; mientras que Maria, la reina de Escocia, la católica y protectora del catolicismo, la que sentia ser casi imposible tomar en las manos la imagen adorable de Jesucristo crucificado, sin que en el mismo instante se en-

contrase de amor divino encendido el corazón; cómo es posible que esta ilustr reina, después de diez y ocho años de tristes prisiones, entre imponderables martirios, suba por fin á darle al verdugo su cabeza en el cadalso, y por orden de la misma Isabel?

Dinos, Virgen adorada, pues que erés la Madre generosa de los mexicanos y en este día de bendición y de gracias te hablamos con tanta confianza; dinos, ¿por qué Dios ha consentido que las antiguas repúblicas de Atenas y de Roma, y las modernas como los Estados Unidos, de las cuales las dos primeras ni aun conocieron el nombre sacrosanto del Dios verdadero; y la segunda desprecia con punible audacia al Dios del catolicismo y su legítimo culto, protesta contra la autoridad de la Iglesia romana y abraza en sus entrañas sectas abominables que insultan hasta la moral con cultos nefandos; por qué estas repúblicas han florecido en el comercio, en la marina, en la industria, en todo linaje de prosperidades, mientras que pueblos verdaderamente católicos, como México, que deposita inmensas riquezas en sus selvas virginales y en el seno de sus montañas, aparecen despedazados por las guerras intestinas, ó convertidos en páramos, ó como enemigos irreconciliables de la paz, ó tal vez ocupados por la fuerza brutal? Todas estas dificultades aunque las abulte el humano ingenio, que se atreve á negar la paz y la ventura de los pueblos católicos, con una pincelada, como de grande artista, las resuelve San Agustín diciendo: "Nada hay más infeliz que la felicidad de los pecadores." *Nihil infelicius felicitate peccantium.*

Dos miras manifestó tener el Señor al esparcir á los hijos de Israel entre los diversos pueblos idólatras de la tierra: una, castigarlos cuando delinquieran, para que se convirtiesen á su Divina Majestad, adorándolo de corazón: otra, instruirlos en el infortunio, para que reconocidos á sus grandes y maravillosos beneficios, diesen á los pueblos gentiles un testimonio constante de la omnipotencia y bondad del Dios que tan finamente los favorecía.

semejante al águila que sobre sus alas conduce á sus hijos, protegiéndolos y enseñándolos.

Dos miras también ha ostentado el Señor de los ejércitos á la nación mexicana al permitir los ataques tan rudos al Santuario, al permitir las persecuciones continuas al sacerdocio por el espacio de veintiocho meses: una, castigarlos para que á la presencia de los estragos que sobre la nación causa su ira, lloremos con profundos gemidos los pecados que ha cometido la nación entera, para que proponga ella tener ya una conducta cuerda y esmerada en el amor santo de las virtudes morales y políticas, en la consagración debida á las obligaciones que nos impone la Religión y la patria: otra, darnos provechosas lecciones, para que arrepentidos de nuestros extravíos y dóciles á la voz de la Iglesia católica, tributemos acciones de gracias al Señor, delante de la nación toda; supuesto que la Majestad divina es quien nos azota y quien nos sana, quien nos arroja al sepulcro y quien de ahí se ha dignado sacarnos. Por esta doble mira nos conserva entre las gentes, que si lo confiesan con los labios y en algunos de sus escritos, lo niegan y lo insultan con sus obras, para que cantemos sus maravillas en medio del templo, á la vista del universo y hagamos saber, ora al pueblo, ora á los directores del pueblo, que no hay poder como el poder de Dios; que no hay influencia segura fuera de la influencia de nuestra divina Religión; que si nos castigó el Señor por los delitos de nuestra nación, El mismo ha salvádonos por su misericordia. *Gaudete et laudete simul, etc.*

Mas enmudezca todo labio ante el oráculo sagrado del Espíritu Santo. En el salmo 72 ha dicho el Dios de la verdadera paz y de la verdadera Religión: Me llené de celo sobre los inicuos viendo la paz de los pecadores; porque no se acuerdan ellos de su muerte, ni ven el trabajo de los hombres, y juzgan que como los demás no serán azotados; por eso se apoderó de ellos la soberbia, cubiertos están de crímenes y de impiedad; como de la

abundancia nació su pecado, quisieron y lograron dar alcance á cuanto su corrompido corazón anheló; iniquidades hablaron en lo alto, pusieron contra el cielo su boca y su lengua como fiera indómita corrió dañando la tierra, hicieron vacilar á los buenos cuando preguntaban: ¿Acaso lo sabrá Dios? ¿Por ventura lo conocerá el Excelso? Mas pasando la sorpresa el justo mismo dirá: Tantas prosperidades entonces las entenderé, cuando entre al Santuario de Dios, cuando entienda yo las postrimerías de los malos.

En efecto, señores, dice el Eclesiastés que vió debajo del sol la impiedad ocupar el solio de la justicia; pero Dios juzgará al justo y al impio y que á todos se les llegará su tiempo.

Luego solo la religion divina, protegida y sancionada por leyes sabias y justas, puede dar la verdadera paz y el legitimo gobierno de las naciones.

Por esto las clases entendidas de un país civilizado no pueden alegrarse, ni reputar como felices á los pueblos, viendo la inmoralidad triunfante y la virtud abatida. Pues ¿qué será cuando á estas desgracias enormes de suyo, se añade que al salir á los campos solo miran tierras eriazas y hombres perseguidos, hombres muertos al filo de la espada; y al entrar á las ciudades familias macilentas en su triste desnudez y traspilladas por el hambre? Consecuencias son estas que espontáneamente han dimanado de la persecucion al principio religioso; ese principio augusto que infunde amor al trabajo, diciendo la Santa Escritura, San Pablo á los cristianos de Tesalónica: *Si alguno no quiere trabajar, que no coma*. Ese principio augusto que infunde amor al orden en el hogar doméstico, en las plazas, en las calles, en los templos; que manda honor y respeto á las autoridades constituidas; que tiene en sus deberes sociales á la clase menesterosa, con la dulce y cierta esperanza de pingüísima recompensa en los cielos; y sujeta á los poderosos, diciéndoles con tremenda verdad: ¡Breve es la vida del potentado sobre la tierra! ¡Juicio

muy duro se hará á los que presiden! ¡Cuando el hombre muere solo heredará serpientes, bestias, y gusanos!

Bases muy seguras son estas, señores, sobre las que la religion divina ha levantado el hermoso y robusto templo de la paz en las naciones ricas y florecientes, lo mismo que en las pequeñas poblaciones, dando un firme sosten á las primeras, y excitando una provechosa emulacion para la gloria y prosperidad venidera de las segundas!

¡Oh religion sacrosanta, así es como tú inspiras á los magistrados supremos la equidad y la rectitud! Así haces que los gobernadores del mundo sean *como asilo seguro, para el que se esconde del viento y se guarece de la tempestad; como arroyo de aguas cristalinas en las angustias del sediento; como sombra de la roca que sobresale en tierra yerma*.

Mas dad una mirada, señores, aunque sea muy superficial, sobre los principios que fueron sancionados en los veintiocho meses que por dicha nuestra y singular Providencia finalizan en estos dias; y no juzgueis, os ruego, que este púlpito es una tribuna de arengas, sino un lugar sagrado donde sólo recapitulamos los males que han trabajado á la religion y á la patria, para que quede consignado al juicio de la posteridad, el plausible motivo porque se reunen hoy las autoridades eclesiástica, política y militar, y porque nos congregamos todos los moradores de Guadalajara en el hermoso recinto de este Santuario, al pie del trono glorioso de nuestra dulcísima Madre, Santa Maria de Guadalupe, para rendirle nuestros corazones, para tributarle, postrados en tierra, las gracias más finas de un reconocimiento duradero, más que el mundo, y que corra al igual de la misma eternidad.

Atendedme. Los sacerdotes sin ninguna causa conocida, habian sido despojados de aquellas justas preeminencias que tuvieron aun entre las naciones gentiles. Los bienes todos de la Iglesia de la Puebla de los Angeles habian sido entregados á la banquerota más triste, por un derecho que, sacudiendo por sus cimientos los principios

sostenedores de la propiedad social, dejaba en el aire la propiedad de los particulares. Los pastores eclesiásticos, que constituidos en la dura precision de cooperar á la ruina de sus rebaños y de prosternarse ante la diosa de la discordia, para sacrificarle juntamente con los sagrados cánones sus mismas conciencias; habian sido lanzados de los confines de sus rediles, para comer entre acerbadas lágrimas el pan del infortunio. Los bienes de las iglesias todas que están en la nacion mexicana, sin ser nacionales, sino siempre sagrados; esos bienes que forman el refugio de la orfandad y de la inocencia en los hospicios, en los colegios, en los monasterios, que dan el alivio á la humanidad doliente en los hospitales; que sostienen y fomentan la agricultura y el comercio, no dados al agio que es un fuego que todo lo consume, sino á pequenísimo censo; esos bienes que perpetúan el culto necesario del Eterno en nuestros templos; que sustentan la pureza de las costumbres, por medio de la devocion y virtudes que en ellos se practican; por medio de las máximas divinas de religion y moral que en ellos se escuchan de los lábios de los ministros del Señor; y por medio de los auxilios que se suministran á los que trabajan en los cuidados y ornato de las casas dedicadas al Dios de nuestros sentidos y potencias; esos bienes fueron declarados buena presa, conculcando, lo que es más espantoso todavía, no las posesiones pacíficas que en siglos se respetaron, sino los derechos sacratísimos de la Iglesia católica, tan claramente expresos en las divinas Escrituras y en las tradiciones santas y en los decretos de los concilios y en las disposiciones de los Pontífices.

Estos horribles males, y otros mil, que por la premura del tiempo no puedo ni reseñar, pero que vosotros, señores, habeis tocado con vuestras manos y sentido en lo más íntimo de vuestras almas, fueron sancionados en una constitucion sediciosa por demás, que si invocó el nombre de Dios fué avasallándolo bajo la autoridad del pueblo. Una constitucion que se avergozó de decir cuál es la religion

que la nacion toda profesa, desconociendo así hasta el hecho físico de que la religion católica es la señora de los corazones todos que reciben sangre mexicana; y sin pudor alguno esa constitucion dió márgen amplísimo á los matrimonios efímeros y aun á las inmundicias de los placeres del paraíso musulman, supuesto que siendo éstos máximas religiosas, según el Alcoran, según la constitucion no pudieran desecharse.

Aquí iba la impiedad, comenzando apenas, según ella misma decia, el rápido camino de las luces y del progreso, y entonces, vos, Prelado ilustre de la iglesia de Guadalupe, á semejanza de Simon hijo de Onías, deseando restaurar la casa de Dios y fortificar su templo, y su átrio y sus muros, deseando ardientemente que en medio del templo broten pozos de aguas vivas que rebocen como la mar, pedisteis al ángel que custodia la Iglesia católica de Guadalupe, que presentase á la Virgen Purísima del Tepeyac las súplicas más encarecidas por la paz de la Iglesia mexicana.

Vos, Pastor esclarecido, como Daniel volvisteis el rostro al Santísimo Hijo de nuestra poderosa Madre, para rogarle también con lágrimas copiosas y con hondos gemidos, diciéndole: "Dios grande y terrible, que mantienes tu alianza y tu misericordia para los que te aman y observan tus divinos mandatos, hemos pecado, desviándonos de tus juicios y de tus caminos; mas ¡oh Dios mío! inclina tu oreja y escucha, abre tus ojos y mira nuestra desolacion, mira la ciudad sobre la que ha sido invocado tu nombre, pues postrados presentamos nuestros votos delante de tí, no para justificarnos, sino para implorar tus antiguas misericordias."

Entonces fué cuando el Ilmo. Sr. Obispo, en union de su muy venerable señor Dean y Cabildo, prometió este solemne novenario á la Madre gloriosa de los mexicanos, en el cual tomarian participio todas las corporaciones eclesiásticas, parroquias y monasterios, á fin de alcanzar la ansiada y mil veces suspirada paz de la Igle-

sia. Y ¿qué ha sucedido? Que así como Daniel obtuvo misericordia á la hora en que solia ofrecerse en el templo el sacrificio vespertino, así tambien, Pastor ilustre, cuando orabas con lágrimas, el ángel tutelar de la Iglesia de Guadalupe presentó vuestras repetidas súplicas á la Virgen bendita del monte de Tepeyac y al Hijo omnipotente que concibió en su seno.

Y un día enteramente inesperado para la humana ciencia, oímos decir que el golpe de estado habia sido, al darse, una arma arrojada que retrocedió con fuerzas multiplicadas sobre el mismo que la tiraba! Y el tirador, atónito en medio de los que alababan todavía sus dioses de oro y plata, de cobre, de hierro, de palo y de piedra, es decir, en medio de los que fiaban en sus propios consejos, en sus valientes muy numerosos, en sus trenes de guerra, oyó que le decían: "El Dios Altísimo te dió el mando, el poder y la gloria, todos los pueblos te respetaban y temían; á los que querías desterrabas, ensalzabas ó abatías. Mas cuando tu corazón se levantó, despreciando los avisos saludables de la Iglesia de tus padres, entonces fuiste depuesto, y tu gloria y tu poder y tu mando huyeron bien lejos." ¡Mane, Thecel, Fares!

Ved, señores, como la ausencia del influjo religioso no causa la paz. Ojalá y con tiempo aquel gobierno hubiera escuchado los preceptos de la religion, que reina en el país, que forma nuestras costumbres, nuestros hábitos: el poder y la honra de la nacion mexicana habrían sido como la corriente de grande y majestuoso rio, que todo lo avasalla; la justicia del gobierno habria sido abundante como los senos de la mar; el nombre suyo pasaria espléndido á la posteridad más remota: ignominia para quien lo hubiera deslustrado! Pero nosotros miramos en este acontecimiento el principio de esta dulce paz, de esta paz providencial que la religion ultrajada no cesaba de estarnos anunciando.

¿Y despues? Despues Celaya y Salamanca vieron admiradas dos ejércitos: el que defendia los principios reli-

giosos conculcados, era subduple del que aglomeraron los Estados. Yo no puedo detenerme en describir esos ejércitos; pero testigos hay aquí muy fidedignos y oculares: ellos han batidose con el denuevo glorioso que inspira la causa de la religion que se ama, la causa de la justicia violada, y escuchando la voz sublime de la opinion comun, la voz razonada y santa de la nacion entera. Nada diré, pues, de esos ejércitos, me ocuparé sólo en meditar la doctrina que resulta del capítulo XXII del profeta Isaías: *Apartaos de mí, amargamente lloraré, no os empeñeis en consolarme, sobre la ruina de la hija de mi pueblo.* Esto dice el Profeta! El orador sagrado podrá sólo exclamar: Oh ciudades de Celaya y Salamanca, el ejército de la coalicion os ha llenado de bullicio y de sorpresa; pero cuando el ejército menor que traía las cruces en los pechos y el amor de la Iglesia y de la patria en los corazones, cuando éste ejército se movió, las huestes de Celaya retrocedieron *violentamente, rumbo á Salamanca.*

Y ¿en las cercanías de Salamanca? En el capítulo de Isaías se lee: "Día es de ajamiento y de llanto, por el Señor Dios de los ejércitos, en el valle de la vision, para escudriñar el muro y engrandecerse sobre el monte..... Estarán los valles escogidos llenos de carros y los de á caballo pondrán sus campamentos en la puerta, y será descubierto lo que cubre á Judá y verás luego la armería de la casa del bosque..... Y llamará el Señor Dios de los ejércitos en aquel día á gemido y á llanto..... Y al que mora en su tabernáculo: (que según algunos expositores era el supremo de todos) ¿Qué haces tú aquí, ó quién eres tú? se le dirá. Ceñirá el Señor tus sienes con una corona de tribulacion y te arrojará..... á una tierra ancha y espaciosa. Te depondrá de tu estado, te destituirá de tu ministerio; á la mano de otro trasladará tu autoridad y el que te suceda servirá como de padre á los moradores de Jerusalem y la casa de Judá."

Yo veo, señores, crecida semejanza en el suceso referi-

SERMON
PRONUNCIADO
EN LA INSIGNE COLEGIATA
DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

POR EL SEÑOR
CANONIGO DOCTORAL DE LA MISMA
DR. D. JOSE MARIA SAINZ HEROSA
EL 12 DE DICIEMBRE DE 1861

Ego Mater Sanctae spei.

Yo soy Madre de la santa esperanza.

Ecl., cap. XXIV, v. 24.

La más bella página de la historia de la religion santa, es la que refiere el acontecimiento más plausible para el hombre, el grande, sublime é incomprendible misterio de amor, el misterio de la reparacion del género humano. El pecho rebosa de alegría y el corazon late de gratitud cuando el entendimiento se fija en un arcano que abraza maravillas tan grandes, que sólo pudo obrarlas la omnipotencia de Dios.

No es dado al entendimiento del hombre remontar su vuelo hasta la eternidad, penetrar en los arcanos de la esencia divina, y comprender esta maravillosa obra de la diestra del Excelso; pero sí puede sentir y apreciar los sublimes efectos causados por ella en la naturaleza huma-

na. ¿Qué era el hombre antes de la redencion? No lo consideremos en su estado primitivo, cuando Dios lo puso en el Paraíso; porque si bien es verdad que nació del polvo, y circunscrito su entendimiento dentro de los estrechos limites de su misma pequenez, se presentará á nuestra vista pobre de ideas por su ignorancia, impotente por su debilidad, y desgraciado por su miseria, sin embargo, unido á su Creador por el amor, gozaba de su amistad; en él encontraba cuanto podia desear, y la posesion de la gracia lo hacia superior á sí mismo, y desaparecian todas sus miserias. Considerémosle, pues, como obra de sus manos.

Lo que en este dichoso estado le faltaba para asegurar esta felicidad, por la que ansiaba su corazon y á la que se dirigian todos sus deseos, debia esperarlo únicamente de sus relaciones con el Creador. Una ley adecuada y sabia se las marcaba con claridad y precision, y la gracia poderosa le comunicaba fuerzas bastantes para observarlas con exactitud; pero ¡oh miseria lamentable! despreció la gracia, traspasó la ley, y se abrió á sus piés un abismo de males, cuyo término, después de más de siete mil años, no aparece aún. La parte superior perdió el dominio que sobre todo el hombre ejerciera, y se hizo carnal y terreno. Las ideas que Dios misericordiosamente le habia comunicado, sufrieron un general trastorno; apreció en más á las criaturas sobreponiéndolas á sí mismo, y el que fué constituido rey de la creacion se hizo esclavo de lo creado; todas las criaturas le fueron contrarias, y no sabiendo sujetarlas á su imperio, lo alejaron más y más de la fuente de su felicidad, de su Creador; su ignorancia y debilidad reagravaron indeciblemente estos males; las criaturas, á quienes no comprendió, los elementos que lo avasallaron por el temor, y sus encontradas inclinaciones que lo movieron á todo viento, fueron las duras cadenas con que el demonio lo sujetó á su cruel y tiránico imperio; sumergido en ese abismo de males tan incomprendibles, ni pudo obrar el bien y ni aun siquiera compren-

derlo. Su Dios era la iniquidad, su religion el desorden de sus pasiones, su poder los mentidos honores, su virtud las deleznales riquezas, y su felicidad el goce de los placeres sensuales. El hombre debió ser feliz, porque fué creado para Dios; pero se dejó vencer del demonio y atra-
jo sobre sí la desgracia, y una infelicidad eterna.

En vano fuera buscar remedio á tan grandes males; todo era insuficiente, y no se encontraba una víctima proporcionada para satisfacer por la ofensa y restituir al hombre al noble y elevado estado de que tan miserablemente habia caído. Sólo la infinita sabiduria de Dios supo encontrarlo, y su inmensa bondad ponerlo por obra. Decretó la encarnacion de su Hijo Unigénito en las purísimas entrañas de una Virgen, y no sólo quedó reparado el mal, sino que sirvió para que la gloria del bien resplandeciese con más hermosura que en el estado primitivo, y para que fuese mayor que aquel de que entónces gozó el hombre; ¡oh feliz culpa—exclama la Iglesia—*que talem ac tantum meruit habere redemptorem!* (1) Y en efecto, un Dios hecho hombre ennobleció á la naturaleza humana por la union con la divina, ilustró el espíritu por el conocimiento de la verdad, purificó el corazon por la santidad de la virtud, convirtió lo mismo que constituia la desdicha del hombre en materia de su felicidad, y ya no fué objeto de ira é indignacion, sino término de amor; y de la esclavitud del demonio volvió con ventajas al noble y honroso estado de hijo de Dios.

¡Qué cúmulo de misericordias se nos presenta en el inefable y amoroso misterio de la rendencion! Superada la infinita distancia que nos separaba de Dios, sus gracias se nos comunican en abundantes torrentes; por ellas nuestras almas se purifican de las manchas que contraemos en el comercio de la vida; ellas las adornan con el hermoso ropaje de las virtudes, cuya exquisita fragancia exhala el suave y delicado olor que les es propio, y ellas, por últi-

(1) Bendicion del círculo del sábio santo.

mo, nos unen estrechamente con Jesucristo, y entónces, participantes por la caridad del poder de Dios, volvemos al noble estado de reyes de la creacion, y moradores de las mansiones de la gloria.

Pero una de las delicias que yo encuentro en este nuevo admirable órden que este sublime misterio estableció, y que en vano busco en el de la creacion, es una inefable ternura, que se comunica á todas las operaciones de la gracia. Nada hay más suave, más dulce, ni más inefable, que las relaciones de la maternidad. Los efectos que ellas producen en las almas sensibles, causan una indefinible alegría; pueden muy bien sentirse, pero no es posible el expresarlas, porque el entendimiento es impotente para formar conceptos exactos, y los idiomas del mundo son pobres para suministrar voces suficientes con que comunicarlos. Hé aquí la noble y sublime mision de la Virgen Santa, en cuyas entrañas encarnó el Hijo de Dios, Maria, pues, haciéndose Madre de Dios, nos comunicó esa inefable ternura, porque se hizo tambien Madre de los hombres. ¡Prodigio admirable! que en todo tiempo ha llenado de regocijo á los fieles, y que para los mexicanos es inagotable fuente de dulces esperanzas, porque ese prodigio se reprodujo de una manera muy particular en la portentosa aparicion de Santa Maria de Guadalupe. *Non fecit taliter omni nationi* (1).

Os he manifestado la materia de mi discurso: para tratarla debidamente, os suplico unais vuestras oraciones á las mías para implorar la gracia.—AVE MARIA.

Ego Mater, etc.

Cuando la nacion mexicana fué llamada al seno de la Iglesia para participar de los inestimables frutos de la re-

(1) Ps. CXLVII, v. 9.

dencion, Maria elige y santifica este lugar, anunciando de de él, que aquí ejercerá la sublime mision que en ese órden le corresponde; y nos lega como prenda singular de un tierno amor, ese simulacro divino, obra de sus manos y depósito de su poder, en cuya posesion, por lo mismo, se cifran nuestras esperanzas. Procuremos desenvolver la consoladora idea que os he anunciado, cuando he dicho que es la fuente de nuestra esperanza su maravillosa aparicion en este lugar, porque la solemne promesa de Maria nos asegura que en esa su imágen de Guadalupe desempeñará para con todos los que se acojen á su patrocinio, los oficios de verdadera madre.

Una santa alegría llena de regocijo al cristiano, cuando con firme y sencilla fe contempla los gloriosos títulos que Maria presenta para llamarse y ser verdaderamente Madre de Dios y Madre de los hombres. Estos son una activa é inmediata cooperacion, para dar gloria á Dios y felicidad al hombre, destruyendo el pecado. El adorable decreto de la redencion no tuvo su cumplimiento hasta que Maria se asocia á ella y toma la parte que le corresponde en esta obra inefable: estuvo, pues, sujeto á la voluntad de Maria (1), y Maria le dió complemento, llenando las obligaciones que contrajo haciéndose Madre del Redentor. Este misterio tuvo principio en la Encarnacion del Hijo de Dios, y cuando Maria pronunció aquellas humildes palabras: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (2), la virtud del Altísimo le hace sombra, sus entrañas se convierten en habitacion de la Divinidad, y queda iniciado el reino de Jesucristo. Este glorioso titulo de Maria rescibe su perfeccion en el Calvario. Consumado el angusto sacrificio, para ella se reservaron los tormentos, que ya nada podian en el cuerpo exánime del Salvador, y los que justamente le adquirieron el titulo de co-redentora del género humano, comenzando así á cumplir los

(1) San Ldc., cap. I, v. 38.

(2) San Iren., lib. 3, contra Valcat, cap. 33.

encargos de Jesucristo, cuyo reino quedó firmemente establecido, y consumado el adorable misterio de la Redencion.

Son incontestables los derechos de Maria para llamarse y ser Madre de Dios, y con justicia la Iglesia condena á aquel que osado se atreve á negarle este glorioso titulo, en el que fundadamente estriban los justos elogios que se le tributan. Porque, ¿quién rehusrá reconocer á Maria, Madre de Dios, en aquella inseparable compañera del Altísimo, cuando establecia el órden admirable de la creacion? La tierra todavia no era hecha, ni los montes elevaban majestuosamente sus encumbradas cimas; todavia el astro del dia no la alumbraba, ni el de la noche la embellecia con su apacible luz; todavia las estaciones no demarcaban los tiempos, y Maria formaba las delicias del Criador. Cuando la tierra era fecundada por los rios, y se embellecia con variadas y hermosas flores, y producía suaves y sazonados frutos, cuando los animales la poblaban y el oro y la plata la enriquecian, y cuando se hizo apta para proporcionar el sustento á los vivientes (1), Maria, desde el seno del Altísimo, en el que reclinada formaba sus complacencias, derramaba sobre ella su virtud. Cuando se sancionaban las invariables leyes que gobiernan el universo, Maria asistía á los consejos del Altísimo. El Regulador de la creacion la asocia á sí en el gobierno del mundo, y los derechos que de justicia corresponden al Altísimo, por gracia se conceden á Maria, premio proporcionado al grandioso y sublime titulo de Madre de Dios.

Con razon, pues, los padres de la Iglesia la ensalzan y engrandecen con encarecidos encomios, pero que no exceden á su justo mérito. Lejos de parecer exajerados esos elogios, más bien parecen cortos. Porque ¿qué exajeracion puede haber en decir con San Pedro Damiano, que en las manos de la Madre de Dios están los tesoros

(1) Proverb., cap. VIII.

de la misericordia de Dios? (1) Y si San Ildefonso nos asegura que todos los beneficios que Dios ha determinado conceder á los hombres, son por Maria, pues por eso le ha confiado todos los tesoros de sus gracias (2), esto no es sino una consecuencia de la plenitud de gracia, de la que fué llena por la sombra de la virtud del Altísimo. Es sin duda alguna, exacto, el pensamiento de San Bernardino; Maria ejerce una especie de jurisdiccion sobre toda operacion temporal del Espíritu Santo (3); y así es que todas las grandezas que pueden imaginarse para elogiar á Maria, son correspondientes al sublime titulo de Madre de la misma grandeza.

He dicho algo del titulo de Madre de Dios, porque de él se deriva el de Madre de los hombres. Dios es nuestro Padre por los derechos de la creacion y de la redencion; Maria es nuestra Madre por los de la co-redencion. ¡Qué sentimientos tan profundos de ternura, de alegría y de consuelo produce en nuestros corazones el considerar á Maria como nuestra tierna Madre! Su admirable sabiduría y su poder casi infinito, son para nosotros prenda segura de nuestra felicidad. De la maternidad de Dios se deduce la maternidad de los hombres. Maria, elevada á esa incomprendible dignidad, se une á Dios por relaciones muy especiales: como criatura se reconoce Hija del Padre su Criador; como Madre tiene por Hijo al Verbo eterno, su Redentor, y como Virgen es casta Esposa del Espíritu Santo, su Glorificador; por esta estrecha union con la augusta y adorable Trinidad, sale del orden comun de las criaturas, y sus relaciones con ellas ya no son las que éstas tienen entre sí, sino que son en un orden más elevado. Es Madre del Criador y Señora de todo lo criado: lleva en su seno á la sabiduría del Padre, y es trono de la sabiduría: se hace digna habitacion del amor casto, y es árbitra de las misericordias: elevada so-

(1) Serm. I de Nativ., B. V.

(2) In Cor. Virg., cap. 15.

(3) In Spec., cap. III.

bre todo lo criado, es Madre de Dios y tambien Madre de los hombres.

Regocijémonos, pues, en las virtudes de nuestra tierna Madre, considerando su belleza, y alentemos nuestra santa esperanza descansando en su poder; porque ¿qué podremos temer protegidos por su poderoso patrocinio? Su hermosa presencia roba la admiracion de Dios, turba y confunde al demonio, y sostiene y fortalece al hombre: bella como las tiendas de Cédar, hermosa como las pieles de Salomon, es incomparable, y mancha ninguna empaña su candor. ¿Quién de las hijas de Jerusalem podrá comparársele? Su esbelto talle es majestuoso como la palma; su cabeza como el Carmelo, y los cabellos como púrpura de rey atada con cintas de grana; sus ojos, más apacibles que la tórtola, y sus lábios como el coral: es hermosa, y sus pasos son terribles, como imponentes evoluciones de disciplinados escuadrones; toda es hermosa (1), porque la omnipotencia de Dios la adornó con la belleza necesaria para que formase las delicias de su infinita sabiduría. ¿Cómo, pues, no ha de recrear nuestros ánimos y formar nuestra alegría y regocijo?

Quando estas consoladoras reflexiones enternecen mi corazon, y me obligan á buscar el objeto amado que las produce, vuelvo mis ojos á ese celestial simulacro, y un delicioso trastorno embarga mis potencias..... Aquí, en este lugar santo, Maria asegura al mexicano que velará sobre él como tierna Madre, y deposita su poder en esa su bella imágen, que le comunica todos los bienes: la salud en las enfermedades, los bienes temporales en la pobreza, el consuelo en la tribulacion, la paz y la tranquilidad en la desgracia, la penitencia en el pecado, el fervor en la tibieza y la perseverancia en la santidad.

Con razon el portento que Maria obra con México, se compara con la visita que hizo á Isabel en las montañas de Judea (2). Luego que es elevada á la dignidad de Ma-

(1) Lib. de los Cánt., passim.

(2) S. Luc., cap. I, v. 39.

dre de Dios, parte para aquel lugar, santifica á Juan, fortalece el espíritu de los ancianos padres, y comunica la dicha y la felicidad, frutos preciosos de la redencion, y ejercicio admirable de las misericordias de que es Madre. En su visita á México trae la resplandeciente luz de la fe, la santidad de la virtud, la santificacion de las almas, y la verdadera felicidad, frutos preciosos de la redencion, y ejercicio admirable de las misericordias de que es Madre.

El espíritu se recrea con la consideracion de los elogios que la Iglesia tributa á Maria en su maravillosa aparicion. La compara á la frondosa vid, y encarece sobremanera sus preciosos frutos (1). Permitidme desenvolver esta comparacion. Maria, haciéndose Madre del Redentor, es la raiz fecunda de esa admirable vid, cuyo labrador es el Padre: los sarmientos reciben el jugo de la santidad de Jesus; pero Jesus lleva la carne y la sangre de Maria, y por eso Maria nos dice que es Madre del Amor hermoso, del temor, de la ciencia y de la santa esperanza. El mérito de toda virtud toma su principio en el mérito de la santidad del divino Redentor; pero el divino Redentor es Hijo de Maria, y por eso en ella se encuentran la gracia y la verdad, la vida y la virtud: su espíritu, más dulce que la miel y más agradable que el panal, se comunica á todos los que se acogen á ella, y los que gustan de esa agradable suavidad quedan con hambre, y los que beben de ese delicioso néctar quedan con sed: la confusion nunca ruboriza á los que escuchan su apacible voz; la iniquidad no mancha á los que obran por ella, y la vida eterna está reservada para los que la honran y esclarecen.

Muy justa es la alegría del mexicano cuando se acerca á este santo lugar é implora las misericordias de Maria. Su espíritu se trasporta á los primitivos tiempos de la Iglesia para presenciar grandes maravillas, porque ve repro-

(1) Eccli., cap. XXIV, v. 23

ducirse aquella admirable vision que en la isla de Pathmos tuvo San Juan, y nos refiere en su Apocalipsis. "Se abrió—dice el santo apóstol—el templo de Dios en el cielo, y el arca de su Testamento se dejó ver en el medio de su santo templo: una señal grande y admirable apareció en el cielo (1); una mujer vestida del sol, calzada de la luna, y adornada su cabeza con una corona de resplandecientes estrellas (2)." Fijad vuestra vista en ese tierno objeto de nuestros cultos, y encontraréis una semejanza que infunde en nuestros pechos una santa y reverente devocion, y nos obliga á una eterna gratitud.

Cualquiera que sea la significacion de este profundo arcano de la sabiduria divina, él es un motivo de consuelo para el pecador. Aquella misteriosa señal que vió San Juan, con su poder destruyó la iniquidad y comprimó la soberbia y orgullo del dragon infernal (3). Contemplad, pues, con candor y sencillez la divina imágen de nuestra tierna Madre, y encontraréis en ella marcadas de una manera muy particular la omnipotencia y la misericordia. Ostenta la primera, en el dominio que ejerce sobre lo criado; y en su semblante aparece el ardiente fuego de la segunda; miradla vestida del sol, calzada de la luna y adorada de estrellas; un serafin forma el escabel de sus piés, símbolos todos misteriosos de su poder, por el que nos colma de beneficios, nos ilumina con la luz de la verdad, nos consuela con la ternura de sus misericordias, y benigna recibe nuestras súplicas, y valorizándolas con sus méritos, son presentadas por los santos ángeles ante el trono del Excelso. Pero lo que más alienta nuestros corazones es su bello y hermoso rostro. ¿No veis cómo en él resplandece la ternura y la amabilidad? Majestuosamente inclinado hácia la tierra, guarda una admirable consonancia con sus divinas manos, y ruega y suplica por nosotros, y nos invita á que nos acerquemos

(1) Apocal., cap. XI, v. 19.

(2) Idem., cap. XII, v. 1.

(3) Idem., cap. XII, v. 5.

à ella para salvarnos, pues es nuestra tierna Madre, y en sus manos tiene nuestra felicidad; por eso es para nosotros una inagotable fuente de dulces esperanzas.

Más de tres siglos han trascurrido ya desde su maravillosa aparición, y sus beneficios no nos han faltado. Abrid la historia de México, y vereis los acontecimientos más prominentes marcados con las tiernas y dulces finezas que solo una amante Madre sabe dispensar. Si el indomable poder de las aguas nos amenaza, el poder de Maria es el dique que las contiene: si la esterilidad consume los campos, el poder de Maria los hace fecundos: si la desoladora peste esparce el terror y espanto, la misericordia de Maria derrama los consuelos: si la guerra, ese elemento de destruccion que tantos males nos ha causado, siembra la immoralidad y establece el desórden, Maria suaviza sus funestos estragos. Grandes son, sin duda, los beneficios públicos que Maria nos dispensa; pero ciertamente son mayores en número los particulares que cada dia concede á los individuos y á sus familias. Seria necesario referir la interminable lista de los males que agobian á nuestra pobre naturaleza, para enumerar aquellos beneficios, prueba inequívoca de que Maria es nuestra tierna Madre, y su imágen santa de Guadalupe es inagotable fuente de dulces esperanzas, porque vela por nuestra felicidad temporal, procurándonos los bienes necesarios para sustentar la vida, y al mismo tiempo nos alcanza las gracias necesarias para llenar las obligaciones de cristianos, y hacernos acreedores de la eterna bienaventuranza.

He concluido: mas hoy es el dia solemne en el que Maria dispensa sus misericordias; muy justo es por lo mismo que para manifestarnos agradecidos á sus beneficios é implorar sus mercedes le dirijamos una tierna súplica.

Madre tierna, dulce Madre, escucha benigna la débil voz de tus reconocidos hijos. Desde el abismo profundo de nuestras desgracias clamamos á tí y te presentamos nuestros males; sobre nosotros pesan los terribles efectos

del pecado; la desgracia agobia nuestra carne y la tribulacion trabaja nuestro espíritu: tú, Señora, mejor que nosotros los conoces, y tambien sus remedios. Con la más humilde reverencia te suplicamos que recuerdes la promesa que nos hiciste en aquel dia cuyo aniversario celebramos hoy; vuelve á nosotros tus ojos de piedad; una mirada compasiva, Señora, una tierna mirada tuya nos volverá la paz y la tranquilidad y nos colmará de virtudes, y entonces nuestra vida mortal se empleará en tu servicio, y la eterna en cantar tus alabanzas.